

Podríamos hacer otras muchas reflexiones; pero estas nos han parecido bastantes para demostrar que el mundo no es eterno: tambien nos desentendemos, por ahora, de responder á las objeciones de aquellos que pretendiendo destruir la verdad de los libros sagrados quieren dar al mundo muchos siglos mas de ecsistencia que los que le asigna Moises: cuando hablemos de los citados libros entonces haremos ver la falsedad de esas épocas imaginadas. Volveremos, pues, al punto que dejamos pendiente en el capítulo antecedente y espondremos algunos argumentos morales con que se prueba la ecsistencia de Dios.

CAPÍTULO V.

Continúa el discurso sobre la ecsistencia de Dios.

Ya hemos dicho que la idea de Dios está impresa en todos los hombres, y el ateo mas obcecado no la desconocería si imponiendo silencio á sus sentidos y pasiones se internára al fondo de su corazón á meditar seriamente esta verdad que niega: allí descubriría la idea de este sér infinitamente perfecto, que asegura no poderse concebir por una razón ilustrada: el, es verdad, no podría comprender á Dios, porque es imposible que un entendimiento finito y limitado pueda agotar lo infinito, y así no sabría designar todas y cada una de sus per-

fecciones; pero si tendría una idea tan justa de la divinidad, que jamás la podría confundir con otra cosa, por mas grande que se la fingiese: porque siendo finita siempre distaría infinitamente del supremo sér: lo que basta para concebir evidentemente la diferencia.

Esta idea de Dios, que se halla en todos, nos la demuestra el unánime consentimiento de los pueblos en todos los siglos acerca de la ecsistencia de un supremo sér.

Las naciones todas, sin necesidad de largas meditaciones, discusiones profundas, dilatados viages, comunicacion de unas con otras y en fin, cultivo y civilizacion han percibido esta verdad, que al travez de las mas espesas sombras de la ignorancia, há penetrado por todas partes. Registrense los monumentos de la antigüedad mas remota: recorranse los países mas distantes y las regiones que cercadas de los mares han prohibido por muchos siglos á sus habitantes que se pongan en contacto con otras gentes que puedan ilustrarlos; en todas hallaremos vigente la noción de Dios: el caldeo, el persa, el egipcio, el griego, el romano, el arabe, el tartaro, el chino y el mejicano &c. todos han creído la ecsistencia de la divinidad y la han respetado y venerado como tal.

No se hallará, pues una sola nacion, que carezca de este conocimiento, pues en todas se encuentran templos, altares, sacerdotes, víctimas, y todo el aparato del culto mas ó menos racional, mas ó menos grosero, segun

las luces y civilizacion de los pueblos: ellos discreparán en el Dios que adoran; pero siempre admitiendo alguno. *Nulla gens est tam immansueta, neque tam fera, (decia Ciceron) que non etiam si ignoret qualem Deum haberi deceat, tamen habendum sciat.* Esta es, pues, la voz del mundo que en ninguna parte ha sufocado ni podrá asignarse una época en que esta haya comenzado á resonar por el universo.

Si en algunos países han faltado templos en que se haya adorado una deidad, no es motivo para creer que no la tengan; pues aunque algunas naciones demasiado incultas y groseras, que errantes por las selvas como las fieras sin principes, sin leyes, sin república y sin domicilio fijo, por su mismo modo de vivir, no pueden levantar templos á sus divinidades, siempre las reconocen; así como el antiguo barbaro del Brasil, que sin tener un soberbio templo como el romano para Jupiter, y el efesio para Diana, tiene un Dios Tupa á quien tributa sus homenajes: esto mismo deberá suceder en otros países barbaros, que aunque no den á sus dioses un culto pomposo y magnifico; pero no les faltará una selva, ó un árbol sagrado en donde concurren á adorarlos, y una tosca piedra sobre la que sacrifiquen sus víctimas.

Nosotros apoyados en las historias mas auténticas, en los testimonios de los sábios, y en la misma natural propension del género humano, aseguramos con firmeza que los pueblos

mas sumergidos en la profundidad de sus sentidos conocen algun Dios, y procuran agradarle con preces y sacrificios: ellos en verdad han trocado la imágen de Dios por la de la criatura, á quien han adorado, pero la idea del supremo Sér, aunque obscurecida y deformada, no han podido borrarla, hasta desconocer la ecsistencia de un Dios. Los mismos ateos rendidos algunas veces al peso de esta verdad, la reconocen y por una fuerza irresistible dejan caer de sus labios la confesion de ella. Epicuro ocurría algunas veces á postrarse á los pies de Jupiter, aunque se gloriaba de no reconocerlo; por eso Diocles viendole una vez en un templo, exclamó: «nunca Jupiter me pareció tan grande, como ahora que veo á Epicuro á sus pies.»

¿Y este consentimiento tan uniforme, no prueba evidentemente, la ecsistencia de Dios? ó los hombres por el acaso, por su ignorancia y sus pasiones, habrán fingidose una deidad ecsistente, en la que encuentran el juez de sus crímenes y el que pone diques al ímpetu de sus pasiones desordenadas? todos se habrán engañado en una verdad de la mayor importancia, y habrán seguido de consuno un error, que les sería tan nocivo á sus afectos desreglados? Sería mas facil que los hombres todos erraran creyendo que las tinieblas iluminan, que juzgando haber un Dios que en la realidad no ecsistiera.

Esta idea universal en todos tiempos,

común á todo el género humano y manifestada con tanta claridad es preciso, que tenga por fundamento á la misma verdad de la cosa: pues no pueden tener otro las ideas generales. Así es que si en este emisferio se asegura con firmeza que dos y dos son cuatro, que el todo es mayor que su parte, que una cosa no puede á un mismo tiempo ser y no ser, y en ello convienen todos es una prueba inequívoca de que estas cosas son verdaderas. Pues si la idea de Dios es tan común como las dichas, y se ha manifestado por los hombres del mismo modo ¿no es una prueba invencible de que Dios existe? Ciertamente nos parece que este argumento es demostrativo. No es menos fuerte el que se forma de los estímulos de la conciencia.

Todos los hombres cuando han cometido algún delito sienten en su alma un temor, que les sobresalta, y un tormento que les devora, aunque el crimen sea del todo oculto, ó el criminal sea un poderoso, que no reconozca en la tierra juez á quien dar cuenta de sus acciones; aun los mismos impíos, que habiendo llegado al profundo de los pecados, ya todas las cosas ven con desprecio, tienen algunos momentos, en que callando las pasiones, oyen la voz de la razón que les echa en cara sus extravíos: una desgracia, una enfermedad, la muerte vecina, y algunas veces causas ligeras, que les dezasonan, son motivos poderosos para que se abata su orgullo, y esa decantada fortaleza de espíritu quede reducida á la debili-

dad y á la nada, pudiendose decir de ellos, lo que Rousseau de ciertos pretendidos héroes. "Al menor revez cae la mascara, el hombre queda, y el héroe desaparece."

¿Quién, pues, será la causa de estos remordimientos? ¿podremos atribuirlos al mismo hombre que experimenta contra su voluntad los sentimientos mas amargos? el naturalmente apetece su tranquilidad ¿como, pues, buscarse á sí mismo torcedores que le opriman, y remordimientos que le devoren? no, es preciso buscar fuera de él, la causa de estos sentimientos: si no hay Dios ¿quién será esta? ó la casualidad, ó la materia; pero es imposible que puedan producir este efecto; no la primera; porque siendo esta solamente una voz sin sustancia, nada puede hacer; demas que un ciego acaso no puede obrar tan uniforme: no la segunda; porque siendo la materia inerte, nada vé, nada oye, nada hace por su propia energía, pues carece de toda actividad; y seria tan absurdo querer darla por causa de este efecto, como decir: que la meza en que escribimos esto, produce en nosotros las ideas que espresamos escribiendo; pero que no podrá decirse, que estos remordimientos se originan de algún hombre, que pretende asustarnos con espectros, que carecen de toda realidad? Aun cuando esto pudiera suceder en un particular, ¿podría ser verdad hablando de todo el género humano? ¿tan medroso é ignorante es este, que no ha podido despues de tantos siglos sa-

cudir una preocupacion tan molesta? ni escaminar el fondo de la cosa, y sacar de allí, que todo ha sido un error infundado? Esto es muy ageno de nuestra naturaleza racional, que busca las causas de las cosas, las examina, observa sus resultados, y los pone á la mas clara luz. Es tambien ageno de aquel valor que hace arrostrar los mayores peligros: este hombre que persigue á las bestias mas feroces, que dá muerte á unas, aprisiona á otras, las domestica, y se sirve de ellas para su utilidad: este que trepa las montañas mas escabrosas, que penetra al profundo de la tierra, que anda solo por los lugares mas despoblados, que camina entre los precipicios, que examina el rayo en medio de la tempestad y que lleva sus indagaciones hasta el crater de un volcan, aunque sepa que encontrará allí infaliblemente su muerte: este hombre que se presenta sereno en medio de la guerra, que oye impertérito el horroroso estruendo del cañon, y que viendo caer á su lado muerto á su compañero, permanece inmóvil en su puesto; este hombre, en fin, que se arroja á las aguas en una frágil habitacion de madera, y separándose largas distancias de la tierra, no teme los escollos y tempestades del mar, ¿éste es tan débil que cae de ánimo con los remordimientos de la conciencia, que le atormentan, y que no tienen mas fundamento que las vanas doctrinas de otro hombre? solo la malicia, ó la ignorancia podrán querer persuadir esta falsedad. No

es pues el acaso, la materia, ni otro hombre, causa de los estímulos de la conciencia: ni puede serlo el mismo que los siente; porque nadie habia de causarse por su voluntad un tormento tan cruel: luego hay un sér superior, que teniendo un supremo dominio sobre nosotros nos ha impuesto ciertas leyes las que no podemos quebrantar sin oír su voz terrible, que en el fondo de nuestra alma nos amenaza, con castigos dignos de nuestras infracciones. Este sér es Dios, y estos estímulos nos demuestran su ecsistencia.

Si de algunos se dice, que dudando en vida de esta verdad, han muerto tranquilos en su duda, no lo podremos creer, sino juzgando que la enfermedad les ha privado de la reflexion, ó que un deplorable endurecimiento les ha reducido al último grado de ceguedad.

Se dice de una dama de Londres, que habiendo leído una obra de Sherlock sobre la inmortalidad del alma, ahorcandose en su cuarto dejó escrito en su chimenea este verso.

Dudo aun, Sherlock, y voy á instruirme.

Tambien hemos leído que la duquesa de Buckingham, en el epitafio que hizo grabar sobre el sepulcro de su marido en Westminster, le hizo hablar de este modo; yo he vivido en la duda, teniendo buenas costumbres, he acabado en la incertidumbre sin turbarme.

Pro rege sæpe, pro republica semper,

Dubius, sed non improbus vixi.

Incertus morior, non perturbatus.

Esto se refiere, y pueden los dichos, y otros haber procurado manifestarse en lo exterior de este modo, pero el que vive en la duda y muere en la incertidumbre ¿podrá gloriarse de morir sin inquietud? la misma duda no debe ser causa de los remordimientos mas tristes? su corazon debe ser muchas veces ocupado de reflexiones: yo sé que muero; ¿pero acabaré todo entero? ¿mi alma sobrevivirá á mi cuerpo, ó será reducida á la nada? yo sé de donde voy; pero no adonde ni cual será mi suerte; es verdad que debe ser, ó al infierno ó á la nada: si esto último fuera, podría tranquilizarme y me conformaria con dormir un sueño eterno; pero si existe el Dios que me he gloriado de desconocer, y en el momento de espirar, se me presenta con un semblante terrible á juzgarme ¿qué debo esperar sino un infierno eterno y unos tormentos sin fin? pues esa divinidad ultrajada por mi, descargará sobre mi cabeza criminal el peso de su ira y me aborrecerá eternamente. ¿Qué reflexiones tan tristes y espantosas para el impío agonizante! ¿Como, pues, como la inglesa de que hemos hablamos: podrá ir sereno el incrédulo á desengañarse á tanto precio y decir, como el citado du que.... *incertus morior non perturbatus?*

Esto es absolutamente imposible, y creemos que todos los incrédulos que mueren en su entero juicio, no mueren en la incertidumbre, aunque lo parezcan: la vergüenza de desdecirse y de parecer cobardes en el último instante, una mirada sobre su fama póstuma, que juzgan aniquilada, si se retratan, y últimamente el justo juicio de Dios, que deja al infeliz incrédulo abandonado, son la causa de esa aparente firmeza de uno ú otro, pero su error no es de entendimiento, sino de voluntad.

No espondremos el argumento, que prueba la existencia de Dios, tomado del deseo innato, que tiene el hombre de ser feliz eternamente, por haber tocado este punto en otra parte de este mismo periódico hablando de la necesidad que tiene el hombre de una religion; en ese mismo lugar espusimos algunos de los males que deben seguirse al ateísmo ya considerado en particular, ya en sociedad, y por esto tambien omitimos aqui hablar de ellos.

Las fútiles razones, en que los incrédulos pretenden fundar su monstruoso sistema de impiedad, son mas dignas de desprecio, que de una seria refutación.

El autor del sistema de la naturaleza, ha hecho los mayores esfuerzos para establecer la opinion de Humé; segun el cual, si no hubiera males en el mundo, jamas el hombre habria pensado en la divinidad. Las necesidades continuas, la inclemencia de las estaciones,

las sequedades, las pestes y demas enfermedades le han hecho religioso. La ignorancia de las causas naturales le ha hecho ver con horror los fenómenos mas simples, y con mucha mas razon, las convulsiones de la naturaleza, tales, como las inundaciones, los temblores de tierra, los volcanes, y otros, le han hecho creer que agentes poderosos é invisibles empeñados en turbarle en su felicidad, son los que producen estos terribles efectos, y que esta persuacion ha introducido la creencia en el mundo, como un resultado de la ignorancia y el temor.

Prescindamos, por un momento, de las pruebas que hemos dado de la existencia del supremo Sér, y solo veamos la locura del ateo, que pretende arrancar del hombre la idea de Dios; no es este el proyecto mas quimérico é insensato? era necesario para realizarlo, mudar la naturaleza del hombre, sufocar su sentimiento, quitarle sus necesidades, sus males y su reflexion. Un impío dice: «Las antiguas revoluciones de la tierra han hecho nacer los primeros dioses, y nuevas revoluciones los producirian nuevos: si las antiguas vinieran á olvidarse.» Luego inter el hombre vea fenómenos capaces de admirarle, aflijirle, regocijarle, ó espantarle, siempre se los atribuirá á este Sér superior, y siempre creará su existencia; y como no faltan estos fenómenos en la naturaleza, tampoco faltara la creencia: el quitarla de la tierra, es, no solo un exceso de locura sino tambien de crueldad, pretendiendo des-

pojar al desgraciado mortal del único auxilio que tiene en sus males, pues solo en Dios puede hallar un poder que le socorra, y ponga en una total seguridad.

Demás, si la ignorancia de las causas naturales hubiera introducido en el mundo la creencia de un supremo Sér, segun que fueran mas ignorantes las gentes tendrian unos sentimientos mas vivos de religion y las súplicas á la divinidad serian mas frecuentes, porque viendo á cada paso fenómenos cuyas causas ignoraban temerian encontrar males aun en los mas inocentes, y á cada momento ocurririan á la divinidad á implorar su proteccion juzgandose en algun peligro inminente; pero luego que fueran saliendo del estado de barbarie, que sus conocimientos tubieran mas estension y sus luces disiparan sus preocupaciones, las ideas de religion se debilitarian y ultimamente la de Dios desapareceria; esto parece natural en la falsa hipotesis de los incrédulos; pero la esperiencia nos enseña lo contrario; pues los hombres pasando del estado de salvages al de civilizacion, la religion en ellos lejos de debilitarse adquiere mas fuerzas, recibe una forma constante, toma un exterior mas pomposo y se hace una parte esencial de la legislacion.

Luego no la ignorancia de las causas naturales ha traído al mundo la creencia de un Dios, ni ese terror pánico de que se que-

re suponer dominado al hombre inculto: porque ¿cómo el terror ha introducido la noción de Dios, y el hombre no se ha fingido un ser terrible, é irritado siempre, sino un sér bondadoso y pronto para socorrerle? por las ideas de terror se habrán formado las de seguridad y confianza? es tan inconcebible esto como suponer, que los hombres dominados siempre de las ideas de tristeza, de ellas han formado las de alegría, y que la ignorancia los ha hecho sabios. Todo esto repugna al sentido común, y aseguramos sin temor de errar, que la noción de Dios no ha entrado en el mundo por la ignorancia y el temor. La misma idolatría no toma su origen del temor, y su verdadera causa son las pasiones y vicios del género humano juntos con el reconocimiento.

Los hombres célebres que han hecho distinguidos servicios á la humanidad, han sido reconocidos entre los gentiles como dioses; el querer desconocer el origen de esta apoteosis es calumniar gratuitamente al género humano: este mismo reconocimiento junto con la admiración ha divinizado á los ástros, á los elementos: esa multitud de dioses, que han sido colocados en los cielos por el idolatra no han sido efectos del terror. Los himnos que los antiguos poetas han compuesto en honor del Sol y de la Luna son los garantes de esta verdad. Orfeo, Homero y otros han cantado los beneficios de los dioses, y en la multitud de deidades de Homero y Hesiodo no es la deci-

ma parte de ellos, dice un sabio autor, unos dioses terribles y dañosos, el epíteto ordinario que les han dado es el de bienhechores: *dii datores bonorum* el nombre de *pater*, dado á los dioses, y el de *mater* á las diosas, ¿podrá conformarse con el sistema que atribuye al terror la introducción de la creencia en el mundo?

Nosotros observamos que todos sin ser filósofos saben que es propio de la divinidad hacer bien, y aunque hayan errado tantos en la noción de Dios, por haberse dejado arrastrar de sus pasiones carnales, pero no borrando del todo su idea aplicándola á objetos quiméricos, siempre han buscado en ellos el atributo de la beneficencia como esencial á su naturaleza. Los scitas no eran filósofos y conocían esta verdad, en la que no ponían la menor duda; si tu eres un Dios, decían estos á Alejandro, debes hacer bien á los hombres. y no quitarles lo que poseen.

Las solemnidades con que los gentiles celebraban á los dioses, son otra prueba de que no las ideas melancólicas del terror y el dolor impulsaron á los hombres á fingirse unas deidades; pues en estas fiestas religiosas se veían estampadas en las gentes las ideas del reconocimiento y alegría: ellos pasaban los dias destinados para el culto solemne de los dioses en festines, danzas y cánticos análogos á la grosería de aquellos tiempos; pero que ma-

nifestaban espresivamente el gozo de que estaban animados: ciertamente el duelo no tenia parte en las fiestas de Baco, Ceres y Venus y otras en que no se pretendia recordar alguna época desgraciada, ó algun triste acontecimiento; sino sucesos felices en que habian conseguido algun distinguido beneficio, que atribuían á sus mentidas deidades.

El autor de la antigüedad descubierta ha pretendido sostener lo contrario sacando sus pruebas de los usos de la antigüedad; pero estas se han vuelto contra él, y destruido su asercion. Las festividades religiosas de aquellos tiempos eran, por lo regular, despues de las siembras, cosechas, ó vendimias, ya pidiendo á los dioses la abundancia, ya dándoles gracias por la concedida; y esto lo introducirían las ideas del terror? ¿la tristeza y el temor formarían unas asambleas en las que reinaba el regocijo? tenían tan poca relacion estas fiestas religiosas con las desgracias del género humano, que el mismo nombre que se les daba nos enseña, que estaban muy distantes de ser hijas del temor, ó la tristeza, pues, *festus* y *festivus*, con que se denominaban aquellos dias, significan cosas agradables y felices. ¿Donde, pues, están en la antigüedad esas ideas de melancolía y pavor? Donde esos dioses enemigos perpetuos de los hombres? ¿qué fundamento solido tendremos para asegurar que el griego y el romano primero creyeron, que había un Júpiter siempre lan-

zando el rayo contra la tierra; y que dándole existencia en su imaginacion medrosa le conocieron con el tierno nombre de padre de los dioses y los hombres? Tan confundidas estarían las ideas de estos, que juzgaron ser su padre el que siempre irritado é inflexible les affigia, cuando en el nombre de padre se halla esencialmente incluida la idea de bondad, amor, piedad y beneficencia? para persuadirnos de esto, era necesario suponer á los hombres en tal estado de estupidez que no conocieran las verdades mas obvias. ¿Como podríamos creer que estos buscaran remedio de sus males en el sér, que se complacia en affigirlos? ¿mas ignorantes que las bestias buscarían al sér terrible que los azota, cuando aquellas en igual caso huyen por instinto? ¡ah! nosotros no supondremos jamas al hombre en este estado de degradacion! y así cuando vemos en todas partes altares, templos y victimas ya para dar gracias al Ser supremo; ya para apaciguar su colera, no podemos menos que asegurar, que todas las gentes han creído que este sér es misericordioso y escucha benigno sus súplicas.

Esta verdad es tan fuera de duda que entre los gentiles era máxima comun, que los dioses colmaban de beneficios á sus adoradores, y castigaban á los impíos y se les veía como señores sensibles al culto de los hombres, y no como tiranos que insensibles al dolor de las criaturas, tenían placer en sus

desgracias. Plutarco en un tratado contra los epicúreos hace un detall muy estenso de todos los consuelos y felicidades, que vienen á los hombres del culto de los dioses.

¿Pero que los sacrificios sangrientos y las víctimas humanas no manifiestan la idea que tenían las gentes de una divinidad tirana, cruel y sanguinaria, que pedía la efusión de sangre y muchas veces la de un hombre para satisfacer su cólera incesorable? no deberemos atribuir á esto, dice el incrédulo, el origen de estas víctimas? nosotros aseguramos que no, y asignamos la causa de la introduccion de las víctimas sangrientas: primero hablaremos de las de los animales, y despues de las humanas.

El hombre luego que conoce á la divinidad y los beneficios que le debe, es naturalmente inclinado á manifestarle su reconocimiento, ofreciéndole parte de lo que tiene y sabe que ha recibido de su mano bienhechora, ya para dar pruebas de su reconocimiento, ya para pedir nuevos beneficios; así es que los pueblos agricultores ofrecen de los frutos de la tierra, y los pastores de sus ganados, pues no pueden hacer sus presentes sino de lo que tienen, y con que se alimentan: Cain primer agricultor sacrificaba frutos, y Abel pastor de los corderos de su rebaño: he aquí la causa de la diferencia de sacrificios, y porque se han introducido los sangrientos. Porfirio dá esta misma causa á las víctimas sangrientas de a-

animales, y en cuanto á las humanas dice: que la distincion de los génius buenos y malos, ha dado motivo á ellas, ofreciendo solo á los génius malos victimas humanas: nosotros que vemos las cosas con mejor luz que el filósofo pagano, decimos: que estas no se introdujeron al mismo tiempo que la idolatria, sino despues que los hombres fueron separándose mas y mas de la razon, y que sus pasiones llegaron al mas alto punto de desenfreno.

César y Diodoro de Sicilia nos dicen: que los franceses solo inmolaban ordinariamente á los criminales, que este acto de justicia era acompañado de imprecaciones contra el malhechor, y que pedían á los dioses, que recayeran sobre el los pecados del pueblo. Las guerras en aquellas edades remotas en que la barbarie y el furor obraban sin ley que les contuviese, tambien dieron origen á que los vencidos fueran inmolados. El vencedor creía, que sus enemigos no solo eran suyos, sino tambien de sus dioses, y como el atributo de la justicia en Dios, no les era desconocido, les parecía que sus dioses siendo justos, no se desagradarian con que les sacrificasen aquellos que les habian ofendido impiamente: así parece que fueron entrando en el mundo estos crueles sacrificios comenzando por los malhechores y vencidos, y despues aun los inocentes se vieron inmolados sobre los infames altares de los gentiles que aumentando su corrupcion y ceguedad, creciendo sin limites sus cri-